LA HOJA DE PARRA

REVISTA FESTIVA * * *
* APARECE LOS SÁBADOS

COLABORACIÓN DE LOS MÁS ILUSTRES ESCRITORES Y DIBUJANTES

Número suelto, CINCO *céntimos.—Suscripción en provincias, 1,50 pesetas trimestre.*

Oficinas: MÉNDEZ ÁLVARO, 2, PRIMERO.—**Apartado de Correos 547, MADRID**

SANTALINO
GAYOSO

(Cápsulas de Sándalo y Salol alcanforado) para la curación de la *Blenorragia, Cistitis, catarros de la Vejiga* y todos los flujos de los órganos genitales sin necesidad de inyecciones, 4 pesetas frasco (4,50 por correo) en las principales farmacias de España y América. *F. GAYOSO,* Arenal, 2, Madrid.

MANUEL GONZALEZ
SASTRE

El que quiera vestir bien y barato, debe visitar la

Sastrería de Manuel González.

QUIÑONES, 5, ENTRESUELO
MADRID

Fotograbado de A. VAZQUEZ
Perfección * Rapidez * Economía * COLEGIATA, 7, MADRID

PULSERAS DE PEDIDA

desde 40 pesetas. Véanse en los escaparates de García Guerra, hijo.

LUNA, 3

A LOS ENFERMOS

del **pecho, sífilis, venéreo** y **garganta,** les conviene fumar lo menos posible y esto podrán conseguirlo tomando las pastillas del **Doctor Laboschin.**

Medicamento recomendado por varias eminencias médicas.

DOS PESETAS CAJA en buenas Farmacias.

CENTRO PERIODÍSTICO DE JOSÉ LERIN
Abada, 22, Kiosko frente á Apolo.—*Envíos de periódicos y libros á provincias*

Agua de la belleza
PRODIGIOSO DESCUBRIMIENTO

Hermosea el rostro, dejándole terso, blanco, de suave color y con la brillantez de la juventud. Nadie puede advertir su uso.

En las perfumerías de lujo, al precio de 5 *pesetas* en Madrid y 6 en provincias.—Unico depósito en España: *Jacometrezo, 40 y 42, José Andreu.*

CONSULTA PARTICULAR

en casa del Médico-Director de la **consulta de San Juan de Dios,** de enfermedades de la piel y del pelo, secretas y vías urinarias. Tratamiento curativo de la sífilis, sin dolor, con el 606. **Dr. Portillo**. De 3 á 6 tarde. **Cañizares, 1, principal.** De provincias, por carta.

LA GUARIDA
*Por JOSÉ FRANCÉS * * 2 pesetas en todas las librerías.*

AÑO I. **Madrid, 17 de Junio de 1911.** **NÚM. 7.**



SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.

V. BLASCO IBÁÑEZ
El lujo.

RICARDO F. BLANCO
En la guitarra.

JACINTO BENAVENTE
Oído...

EL CONFESONARIO
Artículos de PAQUITA ESCRIBANO y BIENVENIDA

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA
La valiente joven.

JOSÉ FRANCÉS
Lo que hace falta para casarse.

JAVIER VALCÁRCE
Abanico.

MIGUEL ECHEGARAY
Así hay muchos.

DIEGO SAN JOSÉ
Las orejas de Priapo.

GONZALO CANTÓ
Semblanza.

E. RAMIREZ ANGEL
Un «Club de Terribles» (folletín).

TOVAR, CYRANO, SANTIESTEBAN y ALFONSO

Retratos y caricaturas de Pastora Imperio, Pilar García, Paquita Escribano, Manolo Megía. «Postales de don Escartín», etc.

5 cénts.



LA SEÑORA DE «GALLITO»
(*née* Pastora Imperio.)



El japonés es el mortal
que es más feliz y más jovial.
Lo pase bien, lo pase mal,
el japonés siempre está igual.

Así decia una canción de una zarzuela cuya acción desarrollábase en, de, con, por, sobre, sin, tras el Japón... Eco de la risueña edad de mi lejana mocedad: ¡no sospechaba yo, en verdad, que fuera tanta tu bondad!

Porque, al cantar esa canción y al acordarme del Japón, siento aliviarse la opresión que atenazábame un pulmón. Y (aunque español) soy un mortal feliz también, también jovial: lo pase bien, lo pase mal, ¡yo siempre estoy también igual!...



—¿Pero tú sabes lo que haces, pequeñín? ¡A ver si te denuncian por pornográfico!...

Hoy, al leer que en el Japón no salen del teatro con un pedacito de cartón al suspenderse la función en los entreactos, sino que les ponen en la palma de la mano á todos un *cachet*, para que así la contraseña no sirva á otro espectador como una entrada de favor, veo que aquí nos va mejor que en el país del mal color...

Si aquí le imprimen un *cachet* á un señor en la palma de la mano, me parece que no son *cachetes* los que á fe mía se lleva el grabador del tal sellito móvil, por señalar á un espectador con ese estigma infamador...

Con la *combina* del «tatuar», ni Dios se puede allí lavar la mano, á trueque de pagar otro billete para entrar; y, mientras dure la función, hay que ser cerdo (con perdón) por fuerza. ¡Qué cochinas son esas costumbres del Japón!...

Ante noticia tan formal como esa de *Le P'tit Journal*, no encuentro ya tan natural que el japonés siempre esté igual...

Y hasta hame dado en la nariz que no es jovial y no es feliz, pues yo (antes que en la mano me pintarrajeasen un *cachet*, como si fuera la matriz de un talonario) juro que... ¡me la cortaba de raíz!

Carlos Miranda

EL LUJO

Sobre mis rodillas la tenía, y comenzaba á fatigarme la tibia pesadez de su cuerpo de buena moza.

Decoración... la de siempre en tales sitios. Espejos de empañada luna con nombres grabados semejantes á telas de araña; divanes de terciopelo desteñido con muelles que chillaban escandalosamente; la cama con teatrales colgaduras, limpia y vulgar como una acera, impregnada de ese lejano olor de ajo de los cuerpos constantemente acariciados; y en las paredes retratos de toreros, cromos baratos con púdicas señoritas oliendo una rosa ó contemplando lánguidamente á un gallardo cazador.

Era el aparato escénico de la celda de preferencia en el convento del vicio; el gabinete elegante reservado para los señores distinguidos; y ella una muchachota dura, fornida, que parecía traer el puro aire de las montañas á aquel pesado ambiente de casa cerrada, saturado de colonia barata, polvos de arroz y vaho de palanganas sucias.

Al hablarme acariciaba con singular complacencia las cintas de su bata, una soberbia pieza de raso, de amarillo rabioso, algo estrecha para su cuerpo, y que yo recordaba haber visto meses antes sobre los flácidos encantos de otra pupila muerta, según noticias, en el hospital.

¡Pobre muchacha! Estaba hecha un mamarracho: los duros y abundantes cabellos, peinados á la griega con hilos de cuentas de vidrios; las mejillas lustrosas con el rocío del sudor, cubiertas por espesa capa de velutina, y como reveladores de su origen; los brazos de hombruna robustez, morenos y duros, se escapaban de las amplias mangas de su vestidura de corista.

Al verme seguir con su mirada atenta todos los detalles de su extravagante adorno, creíase objeto de mi admiración, y echaba atrás su cabeza con petulante gesto.

¡Criatura más sencilla!... Aún no había entrado en las costumbres de la casa, y decía la verdad, toda la verdad, á los señores que deseaban saber su historia. La llamaban Flora; pero su nombre era Mari Pepa. No era huérfana de coronel ó magistrado, ni contaba las novelas enrevesadas de amores y desventuras que urdían sus compañeras para justificar su presencia allí. La verdad, siempre la verdad; á ella la colgarían por franca. Sus padres eran labriegos acomodados en un pueblecillo de Aragón: campos propios, dos mulas en la cuadra, pan, vino y patatas abundantes todo el año, y por las noches los mejores mozos del pueblo llegaban en rondalla bajo su ventana para ablandarla el corazón copla tras copla, y llevarse con su moreno cuerpo de moza fuerte los cuatro bancales heredados del abuelo.

—Pero ¿qué quieres, hijo?... Me encontraba mal entre tales gentes; aquella rudeza no era para mí. Yo he nacido para se-

NUESTRAS COCOTAS



PILAR GARCÍA

ñorita. Di ¿por qué no he de serlo? ¿No parezco tan buena como cualquiera otra?...

Y frotaba contra mi cuello su cabeza de amorosa dócil, de esclava sumisa á todos los caprichos á cambio de estar bien adornada.

—Aquellos gañanes me causaban repugnancia. Me escapé con el estudiante ¿sabes? con el hijo del alcalde, y rodamos por el mundo hasta que me abandonó y vine á parar aquí esperando algo mejor. Ya ves que la historia es corta...; no me quejo de nada; estoy contenta.

Y para demostrar su alegría la infeliz, cabalgaba sobre mis piernas, paseaba sus duros dedos por mi cabeza despeinándola y canturreaba el tango de moda torpemente, con su aguda voz de campesina.

Confieso que sentí el deseo de hablarla «en nombre de la moral», y que lo hice.

Ella abrió los ojos asombrada al verme grave predicándola como un misionero que ensalzase la castidad con una cortesana sobre las rodillas. Era el buen sentido sublevado ante la incoherencia entre tanta virtud... y mi conducta de poco antes.

De repente pareció comprender, y una carcajada hinchó su carnoso cuello.

—*¡Asaúra!*.. ¡Pero qué gracia tienes! ¡Y con qué sombra sabes decir esas cosas! Pareces el cura de mi pueblo...

—No, Pepa; te hablo seriamente. Creo que eres una buena muchacha; no sabes dónde te has metido y te lo aviso. Has caído muy bajo, pero mucho. Estás en lo último. Dentro del mismo vicio, la mayoría de las mujeres se resisten y se niegan á las caricias que os exigen en esta casa. Aún puedes salvarte. Tus padres tienen para vivir; tú no has venido aquí empujada por la miseria. Vuelve á tu casa; lo pasado se olvidará; puedes mentir, inventar cualquier historia para justificar tu huída, y ¿quién sabe?... Cualquiera de los mozos que te cantaban se casará contigo, tendrás hijos y serás una mujer honrada.

La muchacha se ponía seria al convencerse de que hablaba formalmente.

Poco á poco fué resbalando sobre mis rodillas hasta quedar de pie, como si de pronto viese en mí una persona extraña, como si una muralla invisible se hubiese levantado entre los dos.

—¡Volver á mi casa! – dijo con acento duro—. Muchas gracias; sé bien lo que es eso. Levantarse antes de que amanezca, trabajar como una negra, ir al campo, llenarse de callos las manos. Mira, mira cómo las tengo aún.

Y todo esto ¿á cambio de qué? ¿De ser honrada?... ¡Para tí! No soy tan tonta. ¡Toma! ¡Para los honrados!

Y acompañaba estas palabras con unos cuantos ademanes indecorosos, aprendidos en su tertulia con las compañeras.

Después, canturreando, fué á mirarse en un espejo y saludó con una sonrisa la cabeza enharinada y cubierta de perlas falsas que asomaba en la turbia luna, contrayendo su boca pintada de rojo como la de un clown.

Cada vez más aferrado á mis propósitos virtuosos, seguí sermoneándola.

Pero otra vez su brutal carcajada me interrumpió:

—Vaya, chico, déjame en paz.

Plantándose ante mí me envolvió en una mirada de inmensa compasión.

—Pero, hijo, qué tonto eres; ¿crees que puedo volver á aquella vida de perros habiendo probado esta?... No; yo he nacido para el lujo.

Y abarcando en una mirada de devota admiración los sillones cojos, el diván desteñido y aquella cama por donde pasaba todo el mundo, comenzó á pasear por la sala, gozándose en el *frou-frou* de su cola al arrastrar por el suelo, acariciando con las manos los pliegues de aquella bata que aún parecía conservar el calor del cuerpo de la otra...

V. Blasco Ibáñez

EN LA GUITARRA

Era tanto mi cariño
que la respetó mi afán;
sembré el fruto que otras manos
sin trabajo cogerán.

Estás luchando, morena,
entre el deber y el cariño;
siempre ocurre en tales luchas
que el deber es el vencido.

Si no quieres que te muerda
no me dejes que te bese;
pues no puedo reprimir
el deseo de morderte.

Ricardo F. Blanco

OIDO...

—¿No sale usted este verano?

—Si arreglo mis asuntos, saldré.

—Pues yo tendré que salir si no arreglo los míos.

. . . . . .

—¡Qué tonto eres!

—Ya lo sabes...

—¡Que miran!

. . . . . .

—Me han dicho que es una mujer muy cara.

—No lo crea usted. Se contenta con una porquería... Yo lo sé por mí.

. . . . . .

—Yo conozco mucho esto que están tocando...

. . . . . .

—¿Cómo te las arreglas?

—Juanito me paga el viaje, el marqués la estancia, y mucho será que allí no encuentre algo.

. . . . . .

—¿Qué quieren ustedes? La censura nos suprime la mitad del número. Sólo nos deja las tonterías sin importancia.

—Ya, ya se conoce.

. . . . . .

—Yo en su caso de usted le diría: «O se casa usted con mi hija, ó no vuelva usted á verla.» Ya sabe usted que las chicas se pasan sin sentir...

. . . . . .

—Usted, que entiende los negocios, aconseje usted á mi marido: ¿qué debe hacer? Yo creo que es un *alza* artificial.

—Yo, que su marido de usted jugaría á *baja*...

. . . . . .

—¿Pero dónde van esas niñas? Van demasiado lejos...

—¡Niñas, niñas! No os perdáis.

. . . . . .

—Miren ustedes al ministro con el embajador de Francia.

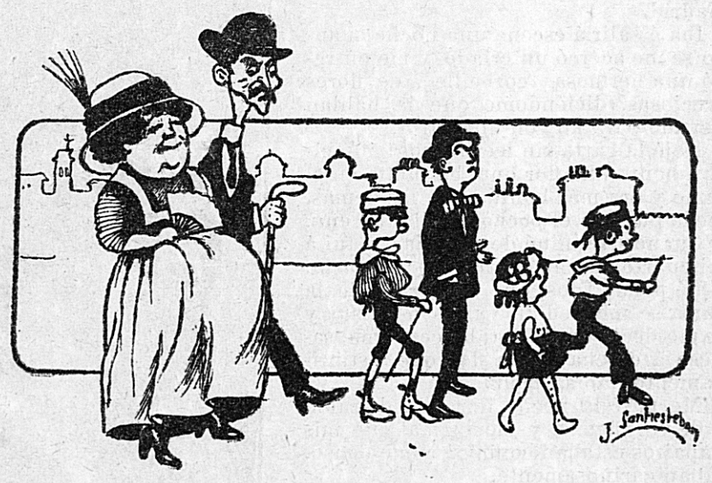
—¿De qué tratarán? ¿Ha oído usted algo?

—Sí; el embajador le ha preguntado al duque...

—¿Algo de la paz?...

—No, á cómo salen puestos en casa...

. . . . . .



—¡Aquellos polvos traen estos lodos!...

—¿No va usted al cine?

—Creo que las tiples salen medio desnudas.

—Diga usted más bien desnudas y medio.

. . . . . .

—Ya se durmió tu madre. Luego soy yo el que se duerme.

. . . . . .

Jacinto Benavente



El confesonario

PAQUITA ESCRIBANO

Les voy á defraudar á ustedes... Yo no he tenido nunca aventuras amorosas; yo soy una chiquilla muy chiquilla, una niña mimada á quien sus padres dejan ser artista por no contrariarla, pero á la que acompañan siempre á todas partes, porque dicen que el mundo es muy malo.

Pretendientes he tenido varios; aventuras importantes, ninguna. Es decir... Les voy á contar á ustedes, para lo que valga, una cosa que me ocurrió el año pasado cuando yo trabajaba aquí en el Salón Madrid.



PAQUITA ESCRIBANO

Iba á salir á escena una noche cuando se me acercó un criado y me entregó una hermosa «corbeille», de flores preciosas, diciéndome que la habían llevado para mí con una carta.

Dejé la carta sin leerla, cogí instintivamente una flor que iba suelta en el ramo y era más bonita que las demás, me la puse en el pecho y salí á escena.

Cuando terminé de trabajar y fuí á mi cuarto, se me ocurrió leer la carta. ¡Qué pena, Dios, qué horror!... En la carta se me pedían varias *tonterías* y se me decía que si estaba conforme saliese á escena con la flor que instintivamente había sacado.

Me pasé la noche llorando de rabia y de vergüenza, y menos mal que mis papaítos estaban conmigo y me consolaban cariñosamente.

En un pueblecito de Levante hace poco también, he tenido un conato de aventura. Un muchacho que se había enamorado de mí y á todo trance quería que me casase con él. ¡Hasta hizo á su familia que pidiera mi mano á mis padres!...

No, no; yo no pienso por ahora en nuevos amores; bastantes tengo.

¿Saben ustedes cuál es mi primer amor? Pues mis padres. Y luego mi canario, que llevo conmigo á todas partes y que es un charlatán, pero que no miente. Otro amor mío es los toros, de lo que entiendo más que *Don Modesto*; ¡y cuidado! ¿Toreros que prefiero? Bombita, sobre todo, y Machaquito; luego Vicente Pastor y Gaona.

Ahora voy á Bilbao y á San Sebastián, y en Octubre á América.

Y no, no... ¡que no me enamore! Estos amores de ahora no me engañarán nunca, y de los otros, ¡ay!, oye una unas cosas á las compañeras...

Paquita Escribano

BIENVENIDA

Me ponen ustedes, mis queridos amigos, en un compromiso gordo. Obligarme á contar aventurillas amorosas, cuando estoy pensando seriamente en dejarme de «torear por las afueras» y cuando se lo he prometido con toda formalidad á una madrileña que me ha pedido el monopolio de mi corazón, es, sencillamente, invitarme á tener un disgusto. El convite es de abrigo. Pero, en fin, el público no tiene entrañas y al público nos debemos ustedes los periodistas y nosotros los toreros. Vayan, pues, sin más preámbulos, estas intimidades á la imprenta.



MANOLO MEGÍA

Acúsome, padre, de que me gustan las mujeres más que el pan frito. A las gordas las encuentro el encanto de las carnes; las escurriditas me enloquecen por su flexibilidad; las que tienen «lo suyo», sin exageraciones en más ni en menos, me saben á confitura de convento.

Otro tanto digo respecto á la estatura. Altas, bajas y medianas, para mí todas son iguales, con tal que tengan «ángel» en la cara y tanto así de gracia en el palique.

Observarán ustedes que, hasta ahora, me parezco como una gota de agua á otra gota de agua, ó como un manso á un buey, á cualquier mortal de los que no peinan coleta.

En lo único que soy intransigente es en el color del cabello femenino. Para torear á gusto que me pongan delante un bicho negro.

Siendo mi novia morena comprenderán ustedes mi predilección...

Me dijo una gitana cierto día, que yo tendría mucho partido con las hembras.

Un señor, compañero mío de fonda en Sevilla, me descubrió que yo era pariente en línea directa de aquel don Luis que murió á manos del Tenorio. Coincidiendo con la gitana y con la dueña del hotel, también me dijo que se me resistirían pocas ó ninguna.

Declaro, ruborizándome por pura fórmula que, si no del todo, acertaron en casi toda su profecía la gitana y el revuelve-papeles.

He tenido muchos éxitos. ¡No pueden contarse! He tenido también algún tropiezo serio. Estos si pueden contarse, y contaré uno para que no crean los lectores que divago por sistema...

Era una preciosísima muchacha que co-

noci en Madrid hace algunos años. Ardiente, apasionada y con la voluntad virgen, se empeñó en demostrarme que todo lo tenía como la voluntad: el corazón, el alma, el... ¡todo, en una palabra!

Mi médico y los amigos me decían que era una histérica.

Después aprendí que lo que era se escribe con muchas menos letras.

Juzguen ustedes: Contratado yo para torear unas corridas en Méjico, embarqué con mi cuadrilla en La Coruña, dejando á la muchacha en Madrid. Cuando estaba más tranquilo en la capital de la República, un día, paseándome por la calle de Plateros, sentí que me sujetaban por la espalda al mismo tiempo que una voz que me era familiar, la suya, me decía entre enojada y alegre:

—¡Por fin te encontré, ladronazo! ¿Creías tú que podíamos vivir separados?...

«La fijé» con algunos capotazos hábiles y con un trasteo adecuado para que «humillase» un poco, y logré meterla en casa, sin más contratiempos.

Pero lo gordo fué á la vuelta á España, y ya en el barco, cuando llevábamos ocho días de navegación.

Una noche me avisaron en mi camarote diciéndome que «mi amiga» se había puesto muy mala. Acudí á su litera con el médico de á bordo, y después de reconocerla, auscultarla, palparla y mirarla bien en todas direcciones, el doctor me dijo que la señora iba á dar á luz de un momento á otro.

Y dió, sí, señores; dió con toda felicidad un chiquillo gordo y más rubio que una onza, que lloraba avergonzado de su mamaita.

Cuando había pasado el trance, aquella infame empezó á dar gritos, culpándome de su deshonra.

—¡Tú has sido, tú! ¡Recréate en tu obra! ¡Ahora sí que no puedes dejarme!...

¡¡¡Llevábamos cinco meses de relaciones!!!

Finalizo, asegurando que no he raptado nunca á nadie.

No hace mucho que en los periódicos se decía que si tal y que si cuál, y no es cierto.

Espero que me rapten á mí.

Y perdón por las faltas.

Manuel Mégía

Bienvenida



OTRA DE LAS ARTÍSTICAS POSTALES QUE LLEVÓ AL SENADO DON ESCARTÍN

LA VALIENTE JOVEN

Dando anoche una vuelta por las calles,
me encontré á la Remedios,
alcarreña gentil, que estuvo en casa
más de un año sirviendo,
y después dedicada á las labores
de su adorable sexo,
tomó un cuarto en la calle de la Ruda,
veintinueve, tercero.
—¿No te asusta—la dije—ir á tu casa
y quedar sola dentro,
cuando sabes, leyendo los papeles
ú oyendo á los tenderos,
que en Madrid hay seis crímenes diarios
ó cinco, cuando menos,
y á la pobre mujer que se descuida,
por robarla ó por celos,
en cogiéndola sola por la noche
la cortan el pescuezo,
ó la horadan la tripa con un pincho...
y se quedan tan frescos?
—Yo duermo descuidada—respondióme—
porque, cuando me acuesto,
á un revólver cargado con seis *cláusulas*
hago sitio en mi lecho.
—Pues, hija—repliquéla—, ¡bien me choca,
conociendo tu genio
cobarde y apocado, que te acuestes
con un arma de fuego!
—Es que tengo el revólver en su funda—
prosiguió la Remedios.
—¿Con que tiene su funda? ¿Y qué?—la dije.
¿La funda quita el miedo?
—Es que suele la funda estar unida
á un cinturón de cuero...
y unido al cinturón está mi primo
Felipe, que es sargento...

Juan Pérez Zúñiga

LO QUE HACE FALTA PARA CASARSE

PASO DE COMEDIA PARA SABADOS BLANCOS

PERSONAJES

ARTURO MONCADA.
D. JULIO MONCADA (tío del anterior).
MR. EDWARD SOUTHWICK.
MISTRESS SOUTHWICK.
EL SEÑOR DE PÉREZ.
LA SEÑORA DE PÉREZ.

ESCENA PRIMERA

ARTURO Y D. JULIO

D. JULIO *sentado en una butaca lee un periódico.* ARTURO *entra de pronto. Es un muchacho simpático y elegante.* D. JULIO *es todo lo contrario.*

ARTURO.—Buenas tardes, tío... Celebro que me haya avisado usted que viniera. Yo también tengo que hablarle.

D. JULIO.—Si es pidiendo dinero...

ARTURO *(Encogiéndose de hombros).*—¡Bah! ¡Dinero!... Aquello se acabó.

D. JULIO.—Por eso, precisamente; porque se te acaba es por lo que me visitas.

ARTURO.—No, tío; si lo que se acabó es el pedírtelo.

D. JULIO *(Le mira estupefacto).*—¿Te presentas concejal? ¿Te ha tocado la lotería?

ARTURO.—Ni una cosa ni otra; yo soy un hombre moral ante todo. Lo primero que he hecho ha sido adherirme calurosamente á la Liga antipornográfica.

D. JULIO.—¡Mira, niño, que con esas cosas no se juega!

ARTURO.—Bien sabe usted que es todo lo contrario... Pero, en fin, no se trata de eso ahora. Me caso, tío, me caso.

D. JULIO *(Da un respingo).*—¿Tú?

ARTURO.—Sí, yo. ¿Qué hay?

D. JULIO.—Nada absolutamente. Por eso me parece una gran desfachatez por parte tuya. No tienes una peseta, y supongo que no habrás elegido á una cualquiera. Te conozco lo suficiente para saber que no eres nada tonto.

ARTURO.—Ha acertado usted. Se trata de Pacita Pérez y Pérez. Su padre fué cargador de fiejes en una tienda de hierros. Hoy día, el señor ya no se carga nada, y la señora parece que

nació del vientre de una dama de María Luisa. La niña, á pesar del hierro absorbido durante veintidós años en la tienda de su padre, está clorótica y linfática; pero aprendió á patinar en el Polistilo, jugó al *lawn-tennis* en un solar de la calle de Velázquez, va los domingos á Navacerrada, y el año pasado ganó el primer premio de coches engalanados, con varias amiguitas suyas disfrazadas de pulpos. Todos estos inconvenientes los soluciona la fortuna del padre: unos quince mil duros de renta.

D. JULIO.—Bueno; pues cásate.



OTRA DE LAS ARTÍSTICAS POSTALES QUE LLEVÓ AL SENADO DON ESCARTÍN

ARTURO.—Es que hay una pequeña dificultad.

D. JULIO.—¿Cuál?

ARTURO.—Que los padres van á venir á enterarse esta tarde de si yo soy tan rico como les he dicho.

D. JULIO *(Indignado).*—¿Y tú pretendes que yo...

ABTURO.—Claro.

D. JULIO.—¡Sobrino! ¡Sobrino! Eres un sinvergüenza. Yo no puedo engañar á una familia honrada.

ARTURO.—¡Pero si no es más que una mentira inocente!...

D. JULIO.—¡Cuernos, con la inocencia! Si quieres casarte arréglate como puedas; pero no me metas á mí en líos. Si los señores de Pérez vienen á preguntarme algo, yo les digo la verdad.

ARTURO.—¡Pues me he lucido!

Pausa terrible, angustiosa. D. JULIO *ha vuelto á leer el periódico.* ARTURO *pasea con las manos á la espalda. Suena el timbre de la puerta.*

D. JULIO.—¡Caramba! Con la discusión se me olvidaba lo principal. ¿Has oído ese timbre?

ARTURO.—Si; el de la puerta.

D. JULIO.—Para ti es el de la felicidad... *(Arturo le mira estupefacto).*—No perdamos tiempo. Dentro de unos segundos estarán aquí esos señores. Vienen á proponerte un negocio que te proporcionará unos cuantos miles de duros. Si aceptas, dentro de un año eres rico y puedes casarte entonces con esa muchacha...

ARTURO.—¡Ca, hombre! Entonces es cuando no me caso... Pero explícame, que yo sepa...

D. JULIO.—¡Chist! Ya están aquí.

Se abre la puerta del fondo y entran MISTER SOUTHWICK *y* MISTRESS SOUTHWICK.

ESCENA SEGUNDA

DICHOS. MR. SOUTHWICK Y MISTRESS SOUTHWICK.

D. JULIO *(Se precipita á su encuentro corriendo).*—¡Querido Southwick! ¡Oh mistress Southwick!

SOUTHWICK *es gordo y antipático. Su mujer es delgada y lindísima.* ARTURO *contempla embobado el pelo rubio, las mejillas lozanas y las manos gráciles de lirio.*

SOUTHWICK *(Señalando á* ARTURO*).*—¿El señor es...?

D. JULIO.—Justamente ¡Arturo!—*(Hace la presentación).*—Mister Southwick... Su esposa... Mi sobrino Arturo Moncada...

El norteamericano sonríe como un piano que se destapa. La norteamericana sonríe como un retrato de Reynolds.

SOUTHWICK.—Bien. Al asunto. ¿El señor, conoce de lo que se trata?

D. JULIO.—No; no he tenido tiempo de explicárselo.

SOUTHWICK *(Hace un gesto de contrariedad).*—Bien. Esto retrasa unos minutos. Expliqueselo.

Se sientan los cuatro. ARTURO *y* JULIO *enfrente de los esposos* SOUTHWICK.

D. JULIO *(A Arturo).*—Verás. El caso es el siguiente: Mister Southwick es el rey de los cigarrillos de boquilla dorada, uno de los capitales más poderosos de Boston...

ARTURO.—Si, ya... la patria de los valses.

(MISTRESS SOUTHWICK *sonríe. El se lo agradece con otra sonrisa. El marido interviene.)*

SOUTHWICK.—Le advierto que mistress Southwick no comprende el español... Es inútil, pues, jugar con el ingenio, señor mio.

ARTURO *(Inclinándose correctamente).*—Bien, señor... Realmente los maridos son los únicos que conocen á sus esposas.

D. JULIO.—Te ruego no vuelvas á interrumpirme. Como te iba diciendo, mister Southwick es uno de los capitales más fuertes de Boston y se ve obligado á faltar de España durante un año... En este viaje, puramente mercantil, no puede llevar consigo á mistress Southwick y esté dispuesto ó pagar veinticinco mil dollars al que se encargue de acompañarla y vigilarla durante ese tiempo... Yo he pensado en ti, pues creo que sabrás cumplir perfectamente esas condiciones.

ARTURO *no puede hablar de emoción. ¡Veinticinco mil dollars y una mujer como aquella!... Se restriega los ojos, se pellizca las piernas, para convencerse de que no está dormido.*

SOUTHWICK.—El señor Moncada no lo ha dicho todo. Además de los veinticinco mil dollars que entregaré á usted á la vuelta de Boston, su tío le dará siete mil pesetas mensuales para todos los gastos de casa, luz, calefacción, refrescos y ropa interior.

ARTURO *(Mirando á mistress Southwick).*—¿Qué le parece á usted, señora? *(Ella sonríe y baja los párpados.)*

SOUTHWICK.—Le he dicho á usted que mistress Southwick no comprende el español.

ARTURO.—Entonces, ¿cómo vamos á entendernos?

SOUTHWICK.—No hace falta que ustedes se entiendan. Además todavía no sabe usted la condición indispensable que ha de reunir el hombre que se encargue de mi esposa.

ARTURO *(Sonriendo).*—Usted dirá.

SOUTHWICK. Es preciso que sufra una pequeña y dolorosa operación para mayor seguridad mía.

ARTURO *(Que teme comprender).*—¿Cómo?

SOUTHWICK.—Transformarse en lo que los orientales consideran indispensable para el buen gobierno y moralidades de los harenes.

ARTURO *(Se levanta indignado).*—¡Un demonio!

SOUTHWICK. ¡Ah! ¿Usted no acepta?

ARTURO *(Cada vez más colérico).*—No, señor. ¿Usted qué se ha creido que soy yo?

SOUTHWICK.—¿Y usted qué se creía que iba á ser yo?

D. JULIO *(Conciliador).*—Vamos, Arturo, hijo mio, piensa que se trata de veinticinco mil dollars. Piensa que cuando tengas esa cantidad puedes casarte con quien te dé la gana.

ARTURO.—¡Que no, ea!... De bastante le importarían á mi mujer esos miles de dollars en cuanto se entere que... ¡Y que para eso no hace falta saber español!... ¡Nada, he dicho que no!

D. JULIO *insiste todavía; pero* MISTER SOUTHWICK *se levanta incomodado y, cogiendo de la mano á su esposa, sale del despacho de* D. JULIO *para no volver más á él.*

ESCENA TERCERA

D. JULIO Y ARTURO

D. JULIO.—¡Eres un animal! Acabas de estropear tu porvenir.

ARTURO.—Lo que he hecho ha sido evitar que me estropeen á mí...

D. JULIO.—¡Mira, quitate, quitate de mi vista, porque sino!... *(Suena el timbre.)*

ARTURO *(Mira el reloj).*—¡Ahí están!

D. JULIO.—¿Quiénes?

ARTURO.—Los padres de mi novia... ¡Por Dios, tío! Usted que me quiere tanto, usted que vela por mi porvenir, no la diga la verdad, no me pierda usted... Mire que ya no le volveré á pedir dinero.

D. JULIO.—Yo no los recibo. *(Entra el criado con una tarjeta. Arturo la coge y la lee.)*

ARTURO.—Ellos son. ¡Tío!... *(Suplicante.)*

D. JULIO.—Dígales usted que pasen. *(Vase el criado.)*

ARTURO.—¿Entonces?

D. JULIO.—Entonces... quiere decir que yo no mentiré. Veré de salvarte de algún modo que no comprometa mi seriedad...

ARTURO.—Gracias, gracias, tío... Yo les oiré á ustedes desde esta habitación. *(Sale primera derecha.)*

ESCENA ULTIMA

D. JULIO y los Sres. DE PÉREZ.

SEÑOR DE PÉREZ *(Entrando con el sombrero de copa en la mano).*—¿El señor Moncada?

D. JULIO.—Servidor de ustedes. Tengan la bondad de tomar asiento.

SEÑOR DE PÉREZ.—Gracias. *(Se sienta.)*

SEÑORA DE PÉREZ.—Gracias. *(Se sienta.)* *(Pausa.)*

SEÑOR.—¡Ejem!

SEÑORA.—Ay, ¡Jesús!

D. JULIO.—¡Vaya, vaya! *(Pausa.)*

SEÑOR.—Pues, mire, nosotros veníamos á verle porque conocemos su seriedaz y su circuspeción para los negocios... Se trata de su sobrino Arturo.

D. JULIO.—Sí, ya me ha indicado algo.

SEÑOR.—Bueno, pues al grano. Nosotros no queremos más que nos conteste usted á esta pregunta. Arturo ¿es tan rico como dicen?

D. JULIO.—Hombre, yo no le diré á usted más que hace un momento, en esta misma habitación, le he visto rechazar veinticinco mil dollars á cambio de una de sus propiedades.

SEÑOR *(Asombrado).*—¡Ah!

SEÑORA *(Curiosa).*—¿Y es muy grande esa propiedad?

D. JULIO.—No lo sé de cierto, señora... Aunque supongo que sí... Mi abuelo nos dejó muy bien dotados á toda la familia.

SEÑORA.—¡Oh! Entonces no nos habían engañado. Su sobrino de usted puede casarse con nuestra hija.

José Francés

ABANICO

Suerte de desamor en tu abanico
tendrán, Maruja linda, mis palabras,
ya desechas por él, cuando lo cierres,
sueltas al aire ya, cuando lo abras.

Si amor te mueve alguna á mi deseo,
mi nombre al aire que no des te pido,
que quiero más ahogarme entre tus manos
que perderme en la nada de tu olvido.

Javier Valcárce



¡Trato hecho!

ASI HAY MUCHOS

—Angustias, ¡estoy furioso!
Estás descuidando, Angustias,
la educación religiosa
de estas pobres criaturas.
Olvidaste de tu madre
máximas santas y puras,
que debieron ser por siempre
leyes para tu conducta.
Esos trajes me horripilan.
¡Esas chicas van desnudas,
luciendo todas las formas
de los pies á la cintura!
Esos enormes sombreros
con esas grandes agujas
desde lejos van llamando
á los hombres; y esas plumas
y esos lazos son derroche
de un lujo que les asusta.
Ponlas un vestido negro,
que lo negro disimula,
y están harto alimentadas
y demasiado robustas.
Quítalas esos paraguas
que llevan sobre la nuca;
ponlas un velo sencillo
y un abrigo que las cubra,
y vámonos á los Luises
á escuchar al padre Lucas
que hoy predica contra el lujo,
plática muy oportuna.
Salen las cuatro de casa
y van por la calle mustias,
los ojos en el rosario
y ni palabra pronuncian,
sufriendo sin rebelarse
la paternal dictadura;
y tras ellas el tirano
sigue con la misma música
diciéndolas: ¡Humildad,
moralidad, compostura!
¡No miréis que viene un *quidam*
y os dirá alguna tontuna!
A la puerta de la iglesia
cariñoso las saluda.
Esperadme, vuelvo pronto;
un asunto, una consulta.
La madre le dice adiós,
á las muchachas empuja,

sentido austeramente ético á remediar tan aflictiva situación. Porque ese hombre que pasa por la calle con un miembro de menos ó una expresión facial inclasificable, no sólo puede deber su desgracia al proyectil de un regimiento enemigo; hay momentos en la vida en que esa pierna puede haberse gangrenado por el bastonazo, siempre digno, de un padre, ó por la salud, nunca bien atendida, de una Margarita relativamente Gautier.

Base 20.ª Pasada la legítima emoción que el precedente párrafo puede suscitar, conviene quede consignado también en estos Estatutos lo siguiente:

Se concederán recompensas á los socios que, además de distinguirse por sus victorias, consignadas en la Memoria anual de Secretaría, contraigan cualquiera de esas penosas dolencias de amor que impiden ganarse la vida con tanta comodidad, como un accionista del Banco de España, ó un pariente de don Eugenio Montero Ríos. Serán, pues, eficazmente protegidos por la Sociedad, los que padezcan reblan-

mismo á la princesa altiva que á la que pescaba en barca de las más ruines.

Base 23.ª En virtud de estas lamentables consideraciones, á todo asociado que lo requiera se le facilitarán aquellas prendas de vestir que juzgue indispensables para cumplir fielmente la base 5.ª en relación con la 1.ª, 14.ª y 17.ª. En estas condiciones el socio podrá «trabajar» por los ideales del Club lo mismo en el fastuoso palacio que en la pestilente choza. Una cátedra de *maquillage*, mas las prudentes indicaciones de un peluquero, completarán la labor del sastre, poniendo al socio, asombrosamente caracterizado, en el camino que conduce al éxito.

Base 24.ª Una vez que el socio haya usado tales prendas las devolverá para que el sastre las pase á la sala de desinfección y queden en disposición de ser usadas nuevamente. El socio justificará los deterioros que tales indumentos puedan haber sufrido por causa de escándalo, fuga ó cualquier otro accidente.

Base 25.ª Queda terminantemente pro-

y como conoce el paño
suspira al entrar la última.
Una sonrisa en los labios
del buen señor se dibuja.
—Dos horas encerraditas—
dice—; que no acabe nunca
el padre. Corro al Kursal.
¡Vamos á aplaudir *La pulga,*
La noche del rompimiento,
La dormida y *La Cachunda!*

Miguel Echegaray

LAS OREJAS DE PRÍAPO

Diz que aquel magnífico señor *Príapo* tan magnífico, que cada varón lleva siempre consigo una imagen suya por lo menos, y es la prenda que más quiere, (y hembra conozco yo, que tiene galeria de ellas como de retratos), andábase por las calles del Olimpo muy orondo y galán embistiendo á las diosas con mucho descaro y sin respeto alguno de los dioses. Varias veces los alguaciles y corchetes de la divina corte dábanle voces para que bajara la cabeza en señal de homenaje cuando pasara alguna princesa de la sangre, pero hay sospechas de que era sordo, y así le gritaran de aquí al dia del juicio, él no hacia caso. Ya este desafuero llegó al supremo señor. Júpiter enojóse en extremo de esta descortesia, tanto, que envióle una cédula apremiante, por cúya se le prevenía del castigo para la primera falta.

Aconteció que una mañana en que Júpiter presenciaba el baño de sus esposas, fijóse en que faltaba á la mujer, á pesar de tenerla diputada por obra primorosa, alguno de esos mismos detalles, que si las más veces escapan á los ojos del vulgo, halagan en cambio el orgullo del artista. Fijóse en la cabeza y vió que al menos la fachada era hermosa aunque por dentro fuera un alcázar desalquilado, pero llegó á las regias ánforas del pecho, y allí fué donde advirtió el defecto. Eran dos cúpulas soberbias á las que faltaba el remate, y pensando, pensando cómo arreglaría aquello, vió que por una fronda llegaban tres diosas, cúyas eran (según crónicas que posee el Licenciado don Pedro de Répide) Lesbia, Diana y Ceres, y muy cerca de ellas, erguido como en sus mejores tiempos, casi tocando á Diana, Príapo.

Mucho indignóse la olímpica majestad de esta osadía dentro de su mismo patrimonio; llenó de improperios al truhán, pero el tal, como era sordo, sin duda repetía para sí las evangélicas palabras de Venus: «Aquí me las den todas.» Advirtiendo que no respondia, quiso Júpiter tirarle de las orejas, y vió que eran dos lindos capullos de rosal, por cuya hendedura mal podia entrar un hilo de voz. Instintivamente miró á las cúpulas femeniles, y tornó á mirar á las orejas de Príapo.

La idea que cruzó en aquel momento por el meollo de Júpiter fué terrible. Arrancó de un pellizco las orejas del cuitado y pególas con saliva á entrambos pechos de la diosa que tuvo más á mano...

Vió que esto era lo que allí faltaba para darles gracia, y mandó luego sacar moldes de ella y repartirlos entre todas las mujeres como bulas y jaculatorias.

. . . . . .

Desde entonces Príapo, que es muy coquetón, tócase con un gorro frigio que le cubre los solares de aquellos apéndices que fueron su orgullo, y que al separarse de él (¡miren qué cosa!) adquirieron una sensibilidad auditiva privilegiada, y siempre que ahora advierten la presencia de papá, yérguense como conejo que recela el peligro, y no quedan en reposo hasta que pasa humilde la carne de su carne...

Diego San José

SEMBLANZA

UNA FAMOSA COMEDIANTA QUE PISÓ EL ESCENARIO SÓLO UNA NOCHE

Se cree sobrepujar á Rita Luna
porque un día se honró saliendo á escena;
es tan mala, ó peor que Ana Bolena,
y se cree más honrada que ninguna.

Hablando se cree estar en la tribuna,
y atropellando la razón, ordena
que sea libre, el que la ley condena,
sobre todo si es hombre de fortuna.

Un torero le dió la alternativa
á esta bruja y taurófila *Machaca*
que de hablar mal de todos no se priva.

Si aún se embragueta y de buró se atraca,
podrá decir el que su historia escriba:
—Su faena mejor, fué el mete y saca.

Gonzalo Cantó

ESPECTÁCULOS RECOMENDABLES

Trianon-Palace.—Candelaria Medina, obligada por compromisos anteriormente contraídos, ha cesado en este popular teatrito, donde en pocos días obtuvo tantos éxitos, marchando á Barcelona. Su Arte, su gracia y su hermosura continuarán allí siendo ovacionadísimos.

El programa del Trianon sigue siendo el primero entre los de su género. Paquita Escribano continúa siendo muy aplaudida, y «La Gaya», que ha sustituído á Candelaria, es objeto también de grandes ovaciones.

Salón Madrid.—Dos «debuts» se han verificado esta semana, que han constituido dos acontecimientos artísticos: el de Rosita García y Lolita Cuenca.

Rosita, tanto en los cuplés finos y elegantes como en los del género flamenco, arrancó aplausos del público que llenaba la sala.

Lolita también fué ovacionada en sus cuplés y bailes, en los que predominan los tangos y danzas cubanas.

Príncipe Alfonso.—Amalia Molina, la sin par cupletista española, continúa actuando en este teatrito y haciendo que por él desfile Madrid entero, que tanto la admira y la quiere.

Acompañan á Amalia Molina en el programa otros varios números, pero no hay que decir que donde ella esté, ella lo es todo.

Nos han sorprendido un poquitín las seis denuncias con que el señor Fiscal ha favorecido á los números 4.º y 5.º de La Hoja de Parra. Pero no queremos «opinar». Somos un poco jóvenes y un poco impulsivos, y de seguro nuestro juicio, expuesto «en crudo», nos haria incurrir nuevamente en el enojo del señor Fiscal.

Digamos, sin embargo, que no habrá en nuestra conducta rectificación; que somos lo que éramos, y que somos bastante para responder de nuestros actos en el terreno á que se nos lleve.

...Y nada más.

Imprenta San Bernardo, 92, Madrid.

hibida su pignoración ó retención prolongada sin causa justa. Todo socio no podrá usar más trajes, abrigos, zapatos y sombreros que los suyos propios.

Base 26.ª En ningún caso se facilitarán ropas interiores, alhajas, tabaco, bombones, ramos de flores, etc. Por excepción se concederá alguna butaca de teatro, pero sólo en caso único y con toda suerte de requisitos que acrediten la necesidad de tal elemento de conquista.

VIII.—Del Botiquín y Caja de pensiones

Base 27.ª Un Cuerpo médico-farmacéutico nombrado por la Directiva quedará encargado de prestar la debida asistencia á los socios en el caso, que quizá se dé con alarmante frecuencia, de que, por cumplir todos sus deberes de clubman, algún padre, hermano, marido ó amante les acometa provisto de estaca igualadora ó del *Browing* vindicador.

Base 28.ª El Club, correspondiendo justamente al celo de sus miembros, no escatimará gasto alguno en este sensible caso, para lo cual no sólo tendrá su Botiquín dotado con todos los elementos que la moderna Terapéutica exige, sino que contará con el concurso de los más eminentes cirujanos y especialistas. Tendrán los socios derecho á asistencia médico-farmacéutica cuando sufran heridas ó lesiones en duelos, riñas, escándalos, etc., y también cuando el excesivo amor les obligue á emprender esa doliente peregrinación á cierta Meca situada en la provincia de Murcia.

Base 29.ª Se establecerá asimismo una Caja de pensiones para los socios que por cualquiera de las abrumadoras causas previstas en la Base precedente queden impedidos, deformados ó inútiles para las rudas batallas del amor. En esta milicia justo es que haya también sus condecoraciones y recompensas. Muchas veces el hombre se ve sin una pierna ó sin un ojo y la gente pasa á su lado indiferentemente. Acuda este Club con su previsión y su